

*POESÍA PARA
HECHIZADOS*

Sobre las imágenes del autor usadas en este libro:



Pg. 17 (extensión de imagen con IA de Adobe Photoshop)
Pg. 107
Contraportada



editorial graviola

Ilustraciones:
Laura Mejía Posada ©

Prólogo:
Juan Pablo Rodríguez Méndez ©

Edición de texto y orden de poemas:
Virgilio González Briceño
Diagramación y diseño editorial:
Editorial Graviola - Daniel Franco Sánchez

Primera edición:
Septiembre 2024, Pamplona, España

www.editorialgraviola.com
editorialgraviola@gmail.com

ISBN: 978-84-128542-2-0
Depósito legal: NA 1416-2024

PORFIRIO BARBA-JACOB

POESÍA
PARA HECHIZADOS

editorial graviola

Colección:
Migrantes de antaño



ÍNDICE

BEBERSE LA NOSTALGIA.....	9
POESIA PARA HECHIZADOS.....	17
ÉL RETORNO.....	19
OFRENDA.....	21
ÁRBOL VIEJO.....	23
PARÁBOLA DEL RETORNO.....	25
LA ESPERADA.....	28
DESAMPARO DE LOS CREPÚSCULOS.....	32
MORIR... MORIR TAN JOVEN.....	34
EL CORAZÓN REBOSANTE.....	37
PARÁBOLA DEL DOLOR IGNORADO.....	39
LA TRISTEZA DEL CAMINO.....	46
LLEGO JUNTO A LOS MUROS QUE CIRCUNDAN.....	62
PARÁBOLA DE LOS VIAJEROS.....	64
ACTO DE AGRADECIMIENTO.....	70
ÁNIMA VICTA.....	73
VIVIR.....	75
MOMENTO.....	77
CANCIÓN DE LA VIDA PROFUNDA.....	80

EN EL COMEDOR DE LA CASA PATERNA.....	82
ESTANCIAS.....	83
LAMENTACIÓN DE OCTUBRE.....	84
SOBERBIA.....	86
CANCIÓN DE LA SOLEDAD.....	97
CADA DÍA.....	99
CANCIÓN DEL TIEMPO Y EL ESPACIO.....	101
INTRODUCCIÓN A LA VIDA REAL.....	102
OH VIENTO DESMELENADO.....	104

BEBERSE LA NOSTALGIA

No hay que perder el tiempo buscando una tabla de conversión que explique con exactitud cuántos euros de hoy en día eran 150 pesos cubanos de 1930. Lo importante es saber que sin esos 150 pesos —¿muchos?, ¿pocos?— el anecdotario de la poesía moderna carecería de un encuentro que ya tardan los directores contemporáneos en convertir en obra de teatro.

A instancias de José María Chacón y Calvo, la Institución Hispanocubana de Cultura accedió a cubrir los 150 pesos de gastos del viaje en barco de Miami a La Habana de un ya consagrado, y recientemente deslumbrado por «la luz desmedida» de Nueva York, Federico García Lorca. A lo largo de marzo de 1930 despachó las cinco conferencias por las cuales se justificó el pago de su viaje a la capital cubana. Tuvo por delante un par de meses antes de su regreso a Madrid, donde le esperaba la Barraca ambulante, sus tardes de versos y toros, la consagración y la muerte. Durante esos ociosos meses de abril y mayo, García Lorca conoció a otro poeta que andaba de paso por Cuba, como de paso estuvo siempre en su vida. Ese otro poeta era Porfirio Barba-Jacob.

El futuro rector de la Universidad de la Habana, para cuando los Castro llegaran al poder, Juan Marinello,

los presentó en su despacho. Empezaron declamando poesías, que a los presentes —Jorge Mañach, Francisco Ichazo, Luis Cardoza y Aragón— dejaron deslumbrados, y terminaron en una cervecería del centro de la Habana buscando los peligros de la noche caribeña.

Porfirio Barba-Jacob, reconocido y admirado por los principales artistas y escritores de la época, deambulaba y malvivía por las calles de La Habana por cuarta vez en su vida. A diferencia del poeta granadino, Barba-Jacob hubo de librar permanentemente una feroz lucha por su subsistencia económica. La fama jamás le reportó un mínimo de comodidad. Ya le habían expulsado de Cuba, ya se había ido por voluntad propia, y ahora estaba a la espera de la siguiente jugarreta del exilio interminable. Ese exilio, ese peregrinaje errabundo por Centroamérica y el Caribe que lo llevó a sufrir penurias en todas partes: Costa Rica, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Guatemala, Haití, Jamaica, México. Seguir la huella de sus pasos es tan difícil como desentrañar la complejidad de sus emociones, que ya comentaremos más adelante. Fue y volvió desde y hacia todas partes, entre Estados Unidos y los riachuelos de su natal Santa Rosa de Osos. Salió de Colombia, vía Barranquilla —no en vano llamada la Puerta de Oro (¿puerta de salida?)—, en 1907, luego de largas noches con Leopoldo de la Rosa, Lino Torregrosa y Miguel Rash Isla en la que sería la única tertulia de la que participó en su vida. Tomó el vapor italiano Venezuela el 22 de octubre y luego de beberse la nostalgia, en palabras de Fernando Vallejo, junto a dos músicos

antioqueños como él, desembarcó tres días más tarde en Costa Rica, donde fue llamado el poeta de la Tristeza del Camino. Desde entonces su vida fue el desarraigo mismo.

Esta antología, que reúne los poemas relacionados con la esencia migrante del Barba-Jacob —el viaje, la distancia, el desarraigo, el origen y la soledad—, pretende rendir un homenaje a su obra en la España que nunca pudo conocer y cuya herencia histórica y cultural está presente en sus versos. Desde sus primeras composiciones, tras abandonar las montañas antioqueñas, en el noroeste colombiano, por una «cuestión de moralidad», hasta sus últimas reflexiones poéticas, Barba-Jacob nos sumerge en un universo de emociones intensas y paisajes desoladores, donde la distancia y la nostalgia se entrelazan en un torbellino de palabras, que más que comprender hay que sentir, según dijo el propio autor en uno de los tantos prólogos a libros que jamás publicó. No quería que por la imprenta pasaran sus letras sin antes verlas una y otra vez. Su inconformismo literario fue la prolongación del inconformismo con el mundo en el que vivía y que tantos problemas le ocasionó, pues nunca calló sus ácidas críticas a los gobiernos de turno de cada país por el que anduvo. Del periodismo rascó los pocos pesos, quetzales, colones o córdobas con los que se arrastró de una inmunda pensión a la siguiente. Los pocos momentos de esplendor económico los pasó en juergas, parrandas, cafetines y restaurantes, donde tantas otras anécdotas como las de las noches habaneras con Lorca dejó desperdigadas en la biografía del Caribe.

En la poesía de Barba-Jacob —bautizado como Miguel Ángel Osorio en 1883 y quien también se hizo llamar Ricardo Arenales (por la extensión de arena que es el desierto y el desierto que era su alma) y Maín Ximénez, y Juan Sin Tierra, y Raimundo Gray, y Juan Azteca, en su sempiterno juego de identidades— encontramos el eco de las experiencias de aquellos que han dejado su hogar en busca de un futuro incierto. La vida representada por la antorcha, el río y el mar. Ese mar al que se lanzó con poco más de veinte años y, salvo dos estancias breves, jamás le llevó de vuelta a Colombia para asentarse definitivamente. Y la muerte que es la Nada, claro, pero también lo violeta, sinónimo de lo crepuscular, el viento y los abismos. La muerte es ese viento que apaga la antorcha de la vida.

Sus versos capturan la esencia del exilio, la sensación de pérdida, incluso cuando aún no se ha marchado, y la lucha constante por encontrar no tanto un lugar donde echar raíces, como un espacio donde poder vivir libremente. Son la reminiscencia perpetua de su montañera comarca natal, sus sentimientos de culpa, que oscilan entre los periodos de credulidad e incredulidad cristiana y el miedo atávico a esa purpúrea muerte en la que tanto pensaba y a la que no se cansó de escribirle en sus 58 años de vida.

Con un lenguaje que está entre el modernismo y el romanticismo —impidiendo, de paso, su categorización dentro de la llamada Generación del Centenario—, Barba-Jacob nos invita a contemplar la complejidad del viaje migratorio y sus repercusiones en el

individuo y la sociedad, más todavía en un atormentado poeta como él para quien escribir era un padecimiento en sí mismo, una lucha constante entre las palabras y los sentimientos, el reflejo de la impotencia humana por derrotar lo inefable.

Su poesía, impregnada de una profunda humanidad y compasión, con especial interés en exaltar la naturaleza y la infancia —por la que tenía especial predilección, en cuanto la veía como el estado virtuoso del hombre—, nos recuerda la potencia del espíritu humano y la capacidad del arte para acercarse a la trascendencia. En sus poemas está Rubén Darío, como recordaba Rafael Maya al hablar del tono y la forma en la poesía de Barba-Jacob, pero también está José Asunción Silva y el viejo y atribulado repertorio de lamentos románticos. Para René Uribe Ferrer lo que queda es un poeta único, con un vigor insuperable e inimitable, que mejor cabría catalogarlo como postmodernista, pues prescinde de las exageraciones exóticas y esteticistas del puro modernismo.

Como bien lo señaló Eduardo Santa, conocedor como pocos del hombre que parecía un caballo —apodo que le impuso Arévalo Martínez a Porfirio Barba-Jacob—, la obra del antioqueño se maneja no en un tiempo histórico, sino en un tiempo psicológico. Un tiempo en el que conviven el dolor, la pasión, los vicios recurrentes del autor, los insomnios, las vacilaciones y la incertidumbre. Su escritura es el testimonio vívido y vivido (esdrújula y llana, sí), la transmisión del sentir espiritual lacerante por el que está pasando en

su constante ir y venir. Y es también el recuerdo y la renovación, la fuerza y la contención, la necesidad por transmitir y la imposibilidad por asir la realidad, encorsetarla y llevarla a la hoja en blanco tal como la sentía. Por eso, más que un reto, es un disfrute desentrañar sus poemas. Hay que situarse, hay que sentir el hambre, la humedad, el calor tropical, la distancia, la separación, la partida y el abandono, y al mismo tiempo la contemplación de la belleza, la plenitud de una mañana frente al mar, de una tarde entre boscosos caminos o una noche entre amigos a la espera del amanecer.

Su vida errante por las naciones centroamericanas y su profunda conexión con los marginados y los desposeídos, en un fiel reflejo de la bohemia malhadada, lejos de la impostura malditista reflejan en cada verso de sus poemas el dolor, la ausencia de pertenencia, el reconocimiento de una fuerza superior, incognoscible e indefinible, que todo lo domina y nada controla.

A través de la poesía de Barba-Jacob nos enfrentamos a la cruda y desgarradora realidad de los primeros años del siglo XX, en la que los vaivenes económicos (la gran crisis del 29) y políticos (los incontables golpes de estado) inundan el mundo del poeta de incertidumbre y desesperación. Estos ingredientes externos se mezclaron al temperamento tormentoso y depresivo del poeta, hundiéndolo en un permanente estado de ansiedad del que dan cuenta sus imprecaciones, la rebeldía social que le caracterizó y el aparente grito jubiloso con el que pretendía ahuyentar el fantasma de sus obsesiones más sórdidas y melancólicas. Su angus-

tia existencial y su desasosiego están marcados, como dijimos, por el temor a la muerte, que sólo hace más que aumentar ante las dificultades por las que pasa, los turgorios en los que padece la tuberculosis que luego habrá de matarlo, las noches de hambre y soledad.

Sin una esperanza a la que agarrarse, con el polvo y olvido en el horizonte próximo, Barba-Jacob se vuelca en el perfeccionamiento de su obra, cree en la posteridad y a ella se entrega. Si su tiempo le da la espalda, él le da lo mejor de sí mismo al mañana. Quiere encontrar una nueva fórmula de expresión que logré recoger el profundo sentimiento particular de su esencia y sus vivencias. Y para él, sin que ello se convierta en una verdad absoluta, la clave está en no romper ni con la forma ni con el espíritu de la tradición. Es necesaria «la limpidez y la claridad del lenguaje, aun para expresar lo turbio y lo vago (...). Hay tesoros de formas poéticas y aun de la prosa de los vulgos, ya ennoblecida, que fulgen desde hace siglos con igual fulgencia en las formas de los clásicos». La novedad pasa por la claridad, por basarse en los clásicos, por beber de la sabiduría pretérita, tomar sus modelos y adaptar los temblores y las ondas del presente a la excelencia.

La muerte, suprema vencedora, lo encontró en el centro de Ciudad de México en 1942, y en la capital mexicana fue enterrado. No sería sino hasta años más tarde que dos eminentes poetas y un reconocido escultor colombiano, León De Greiff, Ciro Mendía y Rodrigo Arenas Betancur, respectivamente, repatriarían los restos al cementerio Central de Medellín. Sus

cenizas, prolongación del propio Barba-Jacob en definitiva, siguieron la senda errante que el poeta llevó en vida. Luego de treinta años en la capital antioqueña, la tumba fue profanada, pero sus cenizas, resguardadas en una copa de plata, cedida para las exequias por el gobierno mexicano, no fueron robadas. Las llevaron entonces a la sede del Banco de la República para custodiarlas. Más tarde, en solemne ceremonia, fueron entregadas al concejo de su natal Santa Rosa de Osos. Como si fuera poco, en 2015, la copa de plata con las cenizas pasó a exponerse en una urna de cristal en el parque principal del pueblo dándole a él y a su poesía una notoriedad que se hacían esperar hace años, como bien lo anunciaba el periódico Noticiero de San José, en diciembre de 1907, al despedir a Barba-Jacob, entonces Ricardo Arenales, cuando marchó por primera vez a Cuba: «Salió el delicioso artista cuya figura intelectual descollará en breve entre la juventud indolantina». Qué son ciento veinte años en la eternidad, si no la brevedad misma, pues el olvido deja de serlo al volver la palabra a adquirir su sentimiento.

Juan Pablo Rodríguez Méndez

POESÍA PARA HECHIZADOS



EL RETORNO

¿Quién en ciudad trocó mi caserío?
¿Qué se hicieron las chozas
que hace algún tiempo abandoné? ¡Dios mío,
ya no florecen en mi huerto rosas,
están las avenidas bulliciosas,
y no se escucha la canción del río...!

Hoy es morada del placer bravío
la que ayer fue mi aldea silenciosa;
ya la llanura azul es un plantío,
y en lugar de la ermita, yergue airosa
la catedral sus torres al vacío.

Allí estaba el colegio: ¡qué sombrío!
Ya no se escucha en su interior, severa,
la voz del Padre; ¡corazón, espera!,
huye de allí que morirás de frío...

—¿Quieres decirme, madre, qué se hicieron
esos niños que un día mis compañeros
de colegio fueron?

—De la aldea, hijo mío, unos partieron;
otros yacen, ¡ay!, bajo
la tierra negra y fría... ¡ya murieron...!

—¿Y el pequeño vecino que venía
noche por noche a recitar, qué se hizo?

—¡Por una bella que su amor no quiso,
se suicidó desesperado un día...!

—¿Qué fue de aquellos niños que llenaban
las tardes con sus risas argentinas;
esos hermosos niños que jugaban
en estas espaciosas y azulinas
llanuras, madre mía?

Y aquella fresca niña que traía
flores para vender, cada mañana,
¿ya no viene, tan bella y tan lozana,
más pura que las flores que vendía...?

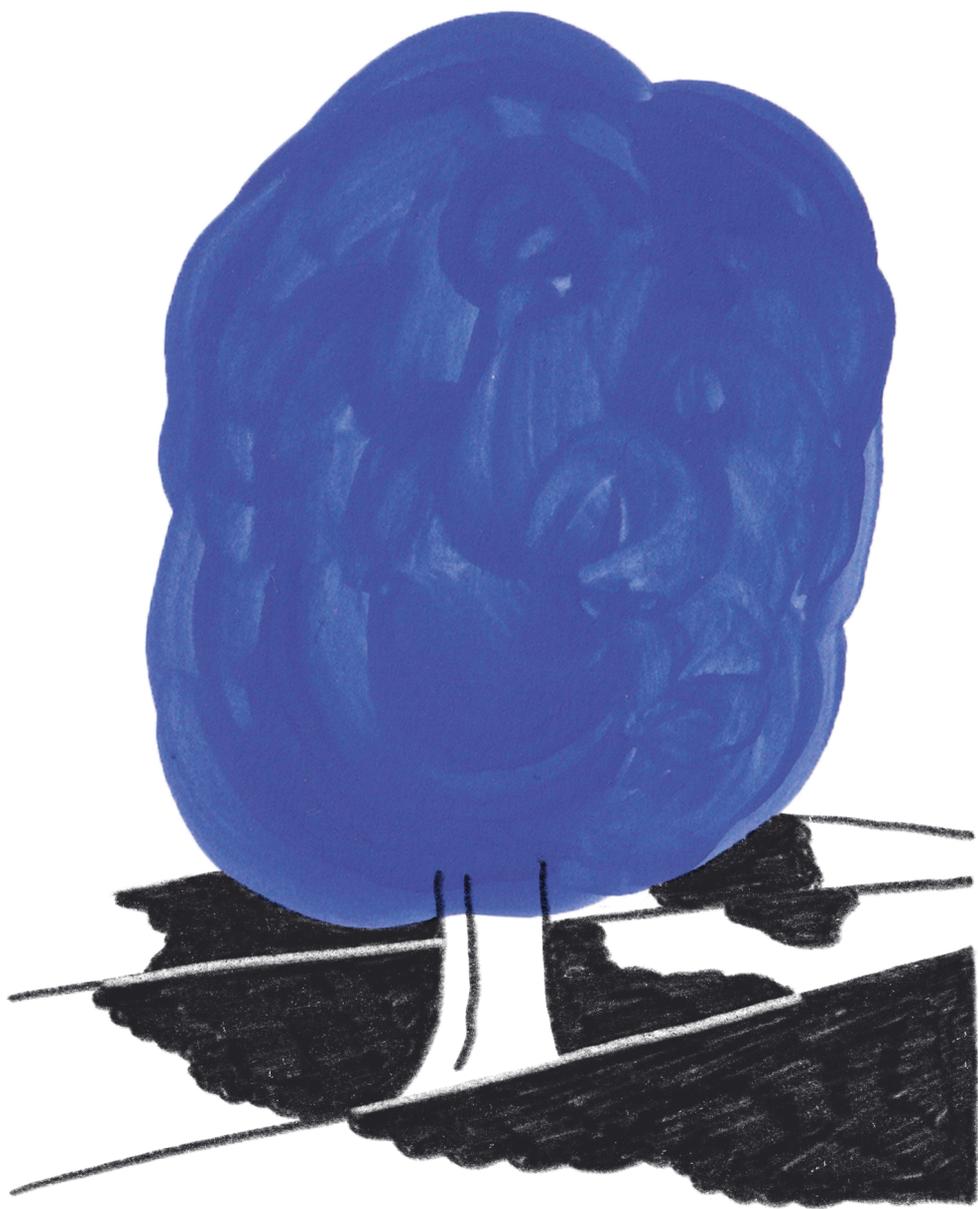
Madre: es de noche, cierra la ventana;
para llorar mi angustia noche y día,
es otro día el día de mañana...;
¡cierra bien esas puertas, madre mía...!

OFRENDA

En tu libro —que encomia la primavera
de los años floridos de tu niñez—
quisiera dejar rosas de la pradera,
y una rima sonora, blanca y ligera
con perfume adorable de candidez.

Tu infancia es aura plena, collar de rosas,
rayo que incuba gérmenes de ilusión,
amanecer dorado, con mariposas,
tiempo en que van danzando todas las cosas
al compás de los ritmos del corazón.

Infancia es plenilunio que centellea,
que arroja dentro del alma claro fulgor,
que despierta los cármenes de la idea
y pone entre las almas, como una tea,
la burbujita blanca de blanco amor.



ÁRBOL VIEJO

El árbol que sombrea la llanura
tiene cien años de acendrar sus mieles,
de temblar bajo el júbilo del cielo
alargando sus frutos sazonados,
de escuchar el silencio de la noche,
y de ver a las mozas del camino,
perennemente, sin decirles nada...

Los labradores con el hierro al hombro
llegan en la fatiga de la tarde,
y piensan al mirarlo, simplemente:
“Ya rindió sus cosechas más jugosas,
y ofrece al hacha los desnudos brazos
para el alimento del hogar: ¡cortémosle!”

¡Oh inquietud vespertina! ¡Cómo tiemblan
mis carnes cual las ramas sacudidas
del árbol que sombrea la llanura!
Me duele el corazón... En el lejano
horizonte se encienden los hogares,
y con un ritmo lánguido y liviano
parece que sollozan los palmares.

Me quedo preguntándome a mí mismo:
¿para qué sirve un árbol? ¿Para darle
cuatro varas de sombra al césped trémulo?
¿Para temblar bajo el azul del cielo
alargando sus frutos sazonados?
¿Para oír el silencio de la noche?
¿Para sentir la fiebre de la tierra?
¿Para ver a las mozas del camino,
perennemente, sin decirles nada?

Me quedo preguntándome a mí mismo
en la fúlgida noche que desciende;
y ella, que en paz sus luminares prende,
dilata mi ansiedad con su mutismo...



PORFIRIO BARBA-JACOB

.....

Nació en Colombia en 1883. Su vida fue un continuo y desgarrado peregrinaje por diversos países de América entre los más destacados Argentina. Estuvo radicado en Guatemala, Honduras, Costa Rica, El Salvador, Cuba (donde conoció a Federico García Lorca, con quien entabló una amistad), Perú y México, colaborando con toda suerte en publicaciones literarias y políticas. Murió en México en 1932.

Su espíritu errabundo, lleno de pasión y de nostalgia, formó parte esencial de su obra, signada además por la angustia y la sensualidad.



Laura Mejía Posada

(Medellín, Colombia)

Es ilustradora, diseñadora gráfica, música y artista visual. Vive y dibuja en Medellín, Colombia.

Es la creadora y directora creativa de Conga, una marca de ropa y objetos ilustrados. También trabaja como ilustradora freelance de proyectos editoriales, branding y diseño textil.

Le gusta dibujar todas las mañanas, muy temprano, mientras todos duermen.



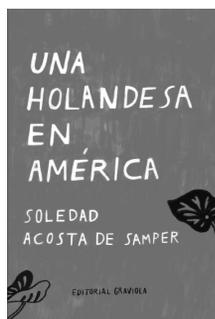
Juan Pablo Rodríguez Méndez

(Bogotá, Colombia)

PhD en Artes y Humanidades por la Universidad de Navarra. Desde joven se apasionó por la literatura y la historia. Tras estudiar periodismo en la Universidad de la Sabana y trabajar en radio unos años, se mudó a España para complementar su formación académica con el Máster de Estudios Contemporáneos en Arte, Historia y Filosofía de la Universidad de Navarra (UNAV), donde también tuvo lugar su investigación doctoral en torno a la idea de nación.

Él es el director de esta nueva colección y prologa cada uno de los títulos.

Conoce la colección entera



**Migrantes
de antaño**

Otros títulos del catálogo de Editorial Graviola:

- *Las vacas flacas* de Abraham Valera
- *Análogo al silencio* Daniel Franco Sánchez
- *Patios interiores* Laura Estrada
- *Las casas se caen en verano* Florencia del Campo
- *Ismenia decide jamás decidir* Claudio Castro Filho



editorialgraviola.com/catalogo

